



ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LA DISTRIBUCION GEOGRAFICA DE LOS OPATAS, DE LOS TARAHUMARES Y DE LOS PIMAS

Traducidas para los "Anales del Museo Nacional de Arqueología" por el Dr.
F. MARTÍNEZ CALLEJA.

Los estudios emprendidos por los lingüistas sobre las tribus de Sonora y regiones circunvecinas, les han llevado, desde hace tiempo, a considerar la mayor parte de entre ellas como formando un todo, relativamente homogéneo, que se descompone actualmente en dos grupos secundarios bajo los nombres de *Ópata-Tarahumas Pima* y de *Cahita Tepehuane*.

Este grupo, exclusivamente fundado en la afinidad de las lenguas, no se justifica absolutamente a los ojos del antropologista. Lo poco que sabemos de los pimas, estudiados en sus tierras por nuestros colegas M.M. Alph. Pinart y Ten Kate, nos los muestran, efectivamente, muy diferentes por sus caracteres físicos de los tarahumares o de los tepehuanes, que nos son conocidos por las observaciones de M.M. Fischer y Domenech.¹ Los caracteres intelectuales, morales, etc., tales como los viajeros nos los describen, son igualmente distintos en estas diferentes naciones.

El estudio de la distribución geográfica de las tribus indígenas de So-

¹ Las fotografías de los pimas del norte, recogidas por M. Pinart, las mensuraciones de los pápagos, tomadas por M. Ten Kate, prueban suficientemente que estos indígenas son claramente braquicéfalos, en tanto que los dos cráneos tepehuanes de las colecciones Domenech, en el Museo, tienen por índice cefálico 77.71, y el cráneo de tarahumas, de la colección Fischer (Museo de Broen), da para el mismo índice 79.88.

nora, Chihuahua y Sinaloa, no favorece tampoco de ningún modo la creencia en su *unidad de familia*.

El examen de una carta etnográfica pone claramente en evidencia la continuidad de las poblaciones enumeradas antes, desde el río Gila, que señala las fronteras septentrionales de los pimas, hasta los límites extremos del río de Santiago, en donde viven los últimos tepeluanes. Pero este examen muestra también que, en tanto que los ópatas y los tarahumares de una parte, los tepeluanes y los cahitas de la otra, forman grupos relativamente compactos, los pimas se encuentran, al contrario, esparcidos y dislocados, como si antiguamente establecidos en las regiones donde hoy se encuentran dispersos, hubiesen debido ceder su lugar a alguna poderosa invasión.

Un antiguo misionero, citado por Orozco y Berra,¹ mencionó dos *rancherías* de los pimas establecidos en las quebradas más inaccesibles de la sierra de Topia y en la cercanía de Nabagomo y de Baborigamo, en pleno país tepelhuano. El mismo autor indica otros en la sierra de Tubares, en medio de los tarahumares, y Orozco y Berra mismo ha señalado un cuarto y pequeño grupo aislado sobre el curso inferior del río de Sinaloa.

La *Pimeria baja* forma la única agrupación importante de las tribus pimas. Comprende, en efecto, los nios y los nures, los movas y los onovas, los comoripuas y los simapuapúas, los aibinos y otras tribus más. Este es el centro de la nación pima.

Los misioneros, para constituir en el siglo XVII este grupo tan importante, han tenido que ir a buscar a los pimas hasta en la Sierra Madre, en donde vivían muy atrincherados a partir de Yepachic.

Si nos remontamos más al norte, encontramos los patlapiguas sobre la frontera oriental del país de Ópata, los sobas, los pratos, en los confines septentrionales del mismo lugar.

Hemos llegado a la *Pimeria alta*, cuyos elementos étnicos se escalonan principalmente sobre las márgenes del río Gila y su más grande afluente izquierdo, el río de San Pedro. Mencionaré únicamente los sobaipuris, los gelinos, los cocomaricopas, etc.

En medio de todos los grupos diseminados, cuya distribución pormenorizada muestra la carta que presenté a la Sociedad, el grupo de los ópatas y de los tarahumares aparece imponente y compacto. Estos indios forman una verdadera cuña en medio de las tribus pimas, empujados los unos hacia el norte, los otros en la dirección suroeste. Desde el río de la Asunción hasta el río Yaqui, los ópatas ocupan efectivamente todos los altos valles; los tarahumares poseen igualmente la planicie superior de los ríos Mayo, del Fuerte, de Sinaloa, y casi toda la parte occidental del río Conchos, afluente del Bravo del Norte.

El estudio minucioso de la carta del país de los ópatas y tarahumares y de los lugares cercanos, enseña, además, que esta larga extensión geográfica

¹ MANUE OROZCO Y BERRA. *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*. México. 1864, gr. in-8º p. 345.

es ya algo limitada. En cierta época, las avanzadas de las dos naciones han debido descender hacia el mar, a lo largo de los ríos de la Asunción, en el norte, y de Sinaloa, en el sur, en tanto que otras multitudes invasoras, encajonándose en la sierra en donde se defendían de los pimas, penetraban en el noreste, del dominio de los cahitas.

Por el estudio de los nombres de lugar, se ha llegado a poner en claro estos diversos movimientos de los pueblos ópatas y tarahumares.

Este procedimiento de investigación que ha dado, aplicado en Europa, resultados tan notables, no es menos útil de practicar para la investigación de los problemas de la etnología exótica. En América, principalmente, los vocablos étnicos se agrupan a veces sobre las cartas, de la manera más instructiva. Los nombres en *ro*, por ejemplo, diferencian con mucha claridad las localidades tarascas; el subfijo *pe* es particular de los eudeves; el prefijo *tam* es propio de la geografía huasteca, etc. En los ópatas y en los tarahumares, un gran número de nombres de lugar principian por *ba*, y este prefijo es tanto más característico, cuanto que el sonido mismo que le representa falta completamente en las lenguas del contorno. He buscado con la mayor atención, en las cartas de diversas épocas, los nombres de los lugares que comienzan por *ba*, y he encontrado *trece* o *catorce* en los distritos de los ópatas, coguinachis, tegüimas, tegüis y saluaripas.

La *Pimeria baja* no tiene ni uno; lo que demuestra bien que los cinco nombres en *ba* que tocan —como se ve sobre mi carta— los confines meridionales de la *Pimeria alta*, son testigos de una ocupación antigua de los ópatas, expulsados, probablemente, después de estos sitios, por las invasiones de los comanches.

Los nombres en *ba* de la nomenclatura ópata que faltan a los pimas, son, al contrario, numerosos en el país tarahumar, y atestiguan, una vez más, el parentesco de estos últimos con los ópatas. La carta sobre la cual he consignado mis investigaciones, muestra en su sitio once nombres contenidos en los límites un poco estrechos, a mi ver, asignados a los tarahumares (Man. Orozco y Berra) y *diez y siete* desarrollándose en los límites un poco menos circunscritos que atribuyó a este grupo.

Se notará que algunos de estos nombres toman la terminación *chic*, característica de la toponimia tarahumar, así como Orozco lo ha reconocido desde largo tiempo, y que se encuentra bajo la forma *chi* en los nombres de lugar ópatas.

Los nombres de lugar principiando por *ba* habrían ofrecido una extensión mucho más grande en la dirección del este, si es necesario creer los documentos recogidos por el virrey Revillagigedo al fin del siglo último. La carta de las misiones, ejecutada entonces, revelaba, en el Estado actual de Coahuila, siete nombres en *ba*, de los que tres toman la final *game*, propia de los diversos nombres de origen tarahumar.

¿Serían éstos los últimos vestigios de una rama oriental, aislada del tronco principal, después destruída por las incursiones de los apaches?

Del lado del suroeste, los nombres en *ba* descienden al río de Sinaloa,

y la presencia de cuatro de estos nombres hacia la desembocadura de esta corriente, da la clave de un problema etnológico de los más difíciles, que ha permanecido hasta hoy sin solución. Quiero hablar del lugar que debe darse en la clasificación etnológica a las pequeñas tribus guasave y vacoregue, de las que quedan algunos vestigios en las bocas del río de Sinaloa.

Estos dos pueblos, cuyos caracteres físicos no han sido jamás descritos, y cuya lengua hoy está perdida, ¹ recuerdan muy bien por sus nombres a los guasápares y vaohios, pequeñas tribus del grupo tarahumar establecidas en lo alto del río del Fuerte que yo había aproximado a estos últimos, antes de reconocer que los nombres característicos de su nomenclatura geográfica les hacen entrar en el grupo ópata-tarahumar.

El límite extremo de los nombres en *ba*, en la dirección del sur, es el río de Culiacán, en donde comienza, como se sabe, el dominio histórico de las poblaciones nahoas. Costean, sin penetrar, el país de los tepehuanes, tan extranjeros como los cahitas, sus próximos parientes; entonces la invasión tarahumar les ha separado en esta forma onomástica, y se detienen sobre el curso superior del río de Culiacán, en el país de los tetacas.

En resumen: los documentos cartográficos que he reunido, confirman las apreciaciones de los lingüistas ² sobre el parentesco de los ópatas y de los tarahumares; pero destruyendo sus conclusiones en lo que concierne a los otros pueblos pimas, cahitas y tepehuanes, de los que habían creído formar un solo grupo con los precedentes. La carta que he puesto a la vista de la Sociedad, muestra, por otra parte, la anterioridad de estos últimos, con relación a los otros, y permite seguir diversas corrientes de emigración, cuya importancia y dirección habían escapado completamente a los americanistas.

NOTA SOBRE LA TOPONIMIA TARASCA

Había enunciado, en el curso de mi comunicación sobre los ópatas, leída en nuestra última sesión, que el pueblo tarasco que habita Michoacán y el sur de Guanajuato, se caracterizaba por los finales en *ro* de sus nombres de lugar. ³

Esta afirmación me ha valido, de parte de un colega que se interesa particularmente en las cuestiones de geografía étnica, una objeción que tengo el deber de reproducir, para aquí contestarla.

“Si el subfijo *ro*, dice mi contrincante, es especial a la nomenclatura

1 Orozco, loc. cit. Cf. Guillermin Tarayre (*Archiv. de la commission scient. de Mexique*, t. III, p. 437).

Lo mismo ha pasado con las de los batorucos, los batucaris, los baimenas y los basopas, que he relacionado también al grupo tarahumar.

2 Orozco los ha clasificado, sin prueba, en la familia cahita.

3 “*Ro* es una de las terminaciones de colectivo que también se traduce por la preposición *en*.” (D. Francisco Pimentel, *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*, t. I, p. 306. México, 1862, in 8º)

tarasca, ¿cómo es que Querétaro, capital de un Estado en que el tarasco es desconocido, posee esta terminación?"

La respuesta a este argumento está consignada en el curso de una de las obras de Orozco y Berra. Este sabio historiador ha encontrado, en efecto, en un manuscrito del fin del siglo décimo sexto, que tiene por autor a Hernando de Vargas, una relación de la fundación de Querétaro, ¹ en la cual se lee que esta ciudad debe su nombre a los tarascos. Estos indios acompañaron a Hernán Pérez de Bocanegra, partiendo de Acámbaro, en Michoacán, hacia 1570, para visitar los lugares desconocidos del nordeste, pusieron al lugar en donde se levantó después Querétaro, el nombre de *Queranda*, (peña); el pueblo que allí se agrupó, tomó el de *Querendaro* (pueblo de Peña), ² transformado después en el de Querétaro. ³

El nombre de *Santiago Papasquiaro*, situado más al norte en el Estado de Durango, reconoce un origen análogo. Esta cabecera de distrito, cuyo nombre correspondiente nada dice, es de fecha reciente; ha sido, desde luego, el sitio de uno de los cuatro partidos de las misiones fundadas por los jesuitas en medio de los tepehuenses.

Los otros nombres en *ro* que he podido señalar, se agrupan en un círculo irregular, cuyo centro es casi la laguna de Pátzcuaro.

He levantado la carta que pongo a la vista de la Sociedad, y que no comprende menos de cuarenta y ocho nombres de localidades de importancia diferente. ⁴ He tratado sobre mi croquis los límites asignados a la lengua tarasca por Manuel Orozco y Berra. ⁵ Es fácil asegurarse que la carta toponímica y la carta lingüística coinciden casi exactamente. La extensión de los nombres en *ro* era a veces un poco menor que la de la lengua a la cual pertenecen en la dirección noroeste, en donde los bordes de la laguna de Chapala presentan, en cambio, cierto número de nombres de origen náhuatl. Me propongo demostrar, en una memoria especial, que estos son ya vestigios de

1 Relación de Querétaro ap. Man. Orozco y Berra, *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México* México. 1864, gr. in-8º, p. 258.—Esta relación auténtica quita todo valor a las aserciones de que García y Cubas se hace eco en el texto de la plancha XV de su atlas. Según estos diceres, la fundación de Querétaro remontaría al año 1445, y esta ciudad habría formado parte del imperio de Moctezuma I.

2 D. Franco. Pimentel ortografía la palabra *Kerendharo*, y la traduce *lugar de peñas*. (*Op. cit.*, p. 382.)

3 Había ya en Michoacán un Querétaro, en donde se levantaba un monumento religioso llamado *Cu*, cuya dedicación está mencionada en el manuscrito del siglo diez y siete, conocido con el nombre de "Relacion de Mechoacan." (Cf. Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*. México, 1880 in 8º, t. II, p. 549 y 567.)

4 La carta comprendería más, si fuese posible poner en su lugar los numerosos nombres de lugar en *ro*, de que se hace mención en la *Relacion de Mechoacan*, citada más arriba.

5 Id., *op. cit.*, al fin.

colonias dejadas por los aztecas durante sus migraciones, que tuvo por punto de partida una isla de esta laguna.

Los nombres en *ro* son raros en los distritos meridionales de la lengua tarasca, pero esta rareza se explica por la poca densidad de la población en toda esta parte del territorio. Basta arrojar un golpe de vista sobre una carta detallada del país, para convencerse de que está casi desierto en toda la región designada con el expresivo nombre de *Mal País*.

1º de noviembre de 1883.

DR. E. T. HAMY.

